

bras, necesitan también pan, y la sociedad á que los obreros se dirían para obtener su salario bien ganado, declaraba en quiebra sus promesas; no reconocía ya aquel «derecho al trabajo» que algunos ministros, y no de los de menor importancia, habían reconocido oficialmente. Los socialistas eran todavía una minoría ínfima, harto escasa para obrar sobre la opinión pública de otro modo que excitando la sorpresa y hasta promoviendo el escándalo. Es indudable que las doctrinas de renovación social, habiendo salido ya del dominio de la abstracción y de la fantasía, habían pasado todas por la prueba de la experimentación; habían intentado hacerse vivientes, cesando por ese hecho de pertenecer á la utopía para venir al terreno práctico¹; pero ¿en qué desacuerdo se hallaban esas teorías, y qué imposibilidad había de sacar una resultante general! Algunos socialistas de la época hubieran comenzado por instituir el poder absoluto antes de «organizar» el nuevo funcionamiento social; el mayor número de los reformadores se hubiera contentado con utilizar para nuevos fines la jerarquía ya existente; algunos otros hubieran ante todo arrasado todas las autoridades establecidas.

Frente á la rutina hereditaria que condena al trabajo mal retribuido los no poseedores del suelo, ¿qué significan los experimentos intentados en distintos lugares acerca de la constitución de una sociedad de armonía en que todos tendrían el porvenir asegurado y la vida se deslizaría dichosa y fraternal? Las tentativas fueron ciertamente muy interesantes, pero no pasaron de breves relámpagos sobre el negro fondo de la servidumbre tradicional. En 1812, Roberto Owen, después de haber demostrado que el hombre es determinado por su medio, quiso probar también en su manufactura de New-Lanark que dando á ese medio condiciones de justicia y de equidad perfecta, se lograría modificar paralelamente los individuos. Después, en 1824, sobre el terreno virgen de América, ensanchó sus experimentos y «armonías» sociales, que se imitaron en diversos lugares de los Estados Unidos, y que alcanzaron casi todas buen éxito material, aunque acabaron por dejarse absorber de nuevo por el ambiente del capitalismo todopoderoso.

¹ Bernard Lazare, *Histoire des doctrines révolutionnaires*, p. 3.

Aunque menos importantes por los ensayos de realización, los experimentos hechos en Francia tuvieron más influencia en la elaboración de las ideas. El poderoso genio de Carlos Fourier removió profundamente el ánimo de los pensadores y agrupó en su cortejo intelectual los hombres más generosos; pero aquellos discípulos, que representaban tan notable eflorescencia intelectual, no eran bastante numerosos ni lo suficientemente ricos para fundar un falansterio en el bello conjunto arquitectónico y jerárquico concebido por el maestro — sin contar que el falansterio sólo representaba el lado menor de su doctrina —; los ensayos en pequeño intentados en Condé-sur-Vesgre, en Brook-Farm ó en otros sitios, estaban condenados de antemano á perecer como obras incompletas. Asimismo la colonia de Menilmontant, atrevidamente establecida en las inmediaciones de París, y que intentó realizar la unión armónica de las tres fuerzas, el trabajo, el capital y el talento, chocaba harto ostensiblemente, por su traje y sus ritos, con las costumbres tradicionales de la burguesía, para que la ley no interviniera brutalmente y no dispersara los asociados, casi todos hombres de ciencia y de prestigio intelectual, destinados á dejar huella en la historia.

Otra doctrina más sencilla y hasta cándida, casi pueril en sus concepciones sociales, obró de una manera mucho más poderosa sobre cierta parte del pueblo: tal fué la doctrina comunista pura, formulada por Cabet en lenguaje evangélico, que daba satisfacción al viejo instinto de las masas que en todo tiempo les hizo ver el fin de sus males en la vuelta hacia la comunidad de las tierras y en su complemento natural la comunidad de los bienes, por lo que Cabet halló numerosos partidarios, y cuando se despidió del viejo mundo para fundar la Icaria sobre la tierra virgen de América, fué seguido por centenares de discípulos ansiosos de la vida de paz y de felicidad que esperaban gozar en su compañía. ¡Pobre Icaro, cuyas alas se derritieron por el fuego de los rayos del sol! Pero ¿cómo podía subsistir sin libertad una comunidad con individuos que no fueran frailes embrutecidos por la obediencia, la humillación y las maceraciones?

La suma de los experimentos que podía invocar el socialismo naciente para descubrir en breve plazo la dichosa solución de la

cuestión social era, pues, bien insuficiente. Además, los políticos empíricos, encargados de gobernar y legislar, distaban mucho de entenderse sobre la conducta que había de seguirse; hasta se daba el caso de que la mayor parte de ellos opinaban que no existe la «cuestión social» y que basta atender lo mejor posible las dificultades del momento sin tratar de modificar lo más mínimo las relaciones entre los capitalistas y la carne de trabajo. Mientras que innovadores elocuentes, generosos, aclamados, formando la más bella escuela de sociología militante que el mundo haya visto jamás, dirigían al pueblo sus excitaciones para impulsarle hacia una forma de sociedad más equitativa, otros hombres preparaban en silencio los medios de insurreccionar los trabajadores con el fin de diezmarlos á continuación por medio de una matanza saludable.

Su conspiración logró el objeto propuesto. Los obreros parados, á quienes se empleaba en los «talleres nacionales» en acarrear tierras de un lado para otro y en empedrar y desempedrar las calles, fueron repentinamente despedidos y, por decirlo así, desafiados á la rebeldía por la prensa al servicio de la burguesía. En efecto, la batalla estalló terrible, encarnizada, á fines del mes de Junio de 1848, y durante varios días se sucedieron los combates y las matanzas de prisioneros. Los obreros insurrectos, tratados de «Beduinos» por los generales de Africa, aprendieron á sus expensas que la burguesía republicana sabía igualar y quizá exceder á los reyes en la ferocidad de la represión. Al mismo tiempo que los vencedores de Junio habían reducido al silencio por largo tiempo las reivindicaciones del socialismo, habían transformado la república en una servidora de las monarquías de derecho divino; en Francia, bajo el falso nombre de «Presidencia», se hizo pronto el Imperio.

En Inglaterra se había realizado el movimiento de reacción paralelamente y hasta de una manera más completa, puesto que la agitación «cartista» había sido sofocada sin que el Parlamento hubiera de recurrir á los grandes medios de batalla ó de matanza. Privada de sus dos campeones, Europa volvía á ser presa de sus opresores tradicionales: un reflujó general sucedía á la ola que la Revolución había propagado á través del mundo.

El Parlamento de Francfort luchaba con dificultades insuperables: tenía que agrupar en una federación monarquías absolutas; después había de ocuparse de los hermanos alemanes no representados en la dieta, como los del Schleswig y los de las orillas del Vístula, y de muchos otros problemas insolubles para él. En



Cl. J. Kuhn, edit.

DRESDE Y EL ELBA

realidad, el Parlamento, dominado por el antagonismo de los dos poderes fuertes — Prusia y Austria —, sólo era un instrumento en manos de los príncipes federados que dejaban pasar la tempestad revolucionaria. Los Alemanes, que en nombre de la unidad germánica, se habían establecido ya victoriosamente en el Schleswig, evacuaron su conquista, y las barricadas levantadas en las mismas calles de Francfort (18 Septiembre) fueron deshechas sin dificultad. Para colmo de humillación, el Parlamento acabó por escoger como emperador de Alemania aquel mismo rey de Prusia que, durante todo el período revolucionario, había afectado ignorar la existencia de la asamblea y que había contrarrestado maliciosamente todas sus

decisiones. Y esta vez aún el rey no hizo á los delegados de la nación el honor de aceptar su ofrecimiento: no era al pueblo, á la burguesía, á quien consentía deber el imperio; únicamente los otros príncipes, sus primos y sus hermanos, le parecía que tenían derecho á dar la corona imperial; no admitía que la transformación se hiciera por abajo, sino que debía hacerse por arriba, y hubo historiadores que añadieron que esa gran revolución de la unidad nacional no debía realizarse en el acuerdo y la paz, sino según el antiguo método de la historia, «por el hierro y por el fuego».

Al menos el Parlamento de Francfort no fué atropellado de modo sanguinario. La mayor parte de sus miembros fueron llamados á sus países respectivos por Austria, Prusia, Sajonia y Hannover: el resto parlamentario buscó un refugio en Stuttgart, pero la última alocución del presidente fué cubierta con un redoble de tambores. Era aquel el último acto de la comedia; la tragedia había comenzado ya. Rechazados hacia el Sud después de sangrientos combates, los insurrectos del país de Baden, ó sea los defensores de la unidad nacional alemana, fueron más que diezmados; luego, después de la capitulación de Rastadt, donde se habían encerrado los últimos campeones de la causa vencida, el régimen del terror, impuesto por los invasores prusianos, mortificó á los Badenses durante muchos años. Por la misma época otros Prusianos dirigían la represión en la ciudad de Dresde: los consejos de guerra cortaban las cabezas, llenaban las cárceles y confiscaban las propiedades. Uno de los triunviros que habían dirigido la resistencia de los insurrectos de Dresde, Ricardo Wagner, ya célebre como autor del *Tannhäuser*, logró escaparse, mientras que Miguel Bakounine, el famoso agitador ruso que había sido el alma de la resistencia, fué preso, encerrado en un calabozo y entregado al emperador de Rusia, el gran jefe de la reacción europea.

Al czar Nicolás se dirigió también el gobierno de Austria para poner término á la insurrección de los Húngaros. Aquel pueblo asiático, hermano de los Turcos por el origen y por el lenguaje, había obedecido á destinos diferentes que su vecino de las comarcas balcánicas: la religión les había irremediabilmente separado; mientras los Turcos se habían constituido en vanguardia de las na-

ciones musulmanas, los Húngaros ó Magyares, por su situación geográfica, se habían colocado á la cabeza de todas las naciones cris-

N.º 447. Llanura de Hungría.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

tianas, y unas veces vencedores y otras vencidos y hasta absolutamente sometidos, habían sufrido más que todos los demás en la lucha interminable y sin tregua. Pero, aunque sacrificándose por la

causa de todos, los Húngaros sólo eran acogidos á medias por los demás Europeos: apenas se les conocía y se veía en ellos lo que eran en efecto, Asiáticos no adaptados todavía á su medio en ese caos de los pueblos, Eslavos, Alemanes, Italianos, Rumanos y Frioulanos, entre los cuales se habían aventurado. No pudiendo aprender todas esas lenguas tan diferentes de su propio idioma, los Húngaros tomaron naturalmente por lengua intermediaria la que se usaba en todas las cancillerías donde se redactaban convenciones y tratados. Sus propios escribas, sus frailes, decidieron emplear una misma lengua, el latín, y durante ocho siglos, hasta 1848, los soberanos y sus vasallos, los jueces, los clérigos, hasta los propietarios rurales le hablaron entre sí; el tal latín era muy modificado y estaba reducido á una especie de jerga, muy pobre en formas verbales¹.

La revolución de 1848, que impulsó á los Húngaros á la reivindicación de su nacionalidad, á la restauración de su lengua y á la reconquista de sus derechos, les hizo entrar por la primera vez como nación europea entre las poblaciones occidentales, agitadas á la sazón por el mismo movimiento de libertad. Su heroísmo les consagró como hermanos de aquellos que habían sido los mayores en la civilización aria. La situación militar de los Húngaros parecía desesperada en un principio: su ejército casi solamente constaba de bandas irregulares, mientras que los Eslavos de la comarca, unidos á los de las provincias vecinas, hasta á voluntarios de la Balcania, aportaban al servicio del Austria alemana y de su sólido ejército toda la fuerza de su entusiasmo guerrero. Cuando Viena estaba en plena insurrección y llamaba á sus vecinos Magyares, éstos, «siempre formalistas y juristas» (Asseline) esperaron una petición oficial, y no vinieron sino muy tarde y en muy corto número: Windischgrätz atacó á Viena el 28 de Octubre, la bombardeó el 29, contemporizó el 30, rechazó el ejército húngaro el 31 y penetró como vencedor en la capital austriaca el 1.º de Noviembre. Pronto le tocó el turno á Pest: el gobierno húngaro hubo de evacuar la ciudad y concentrar todas las fuerzas militares al este del Tisza. Pero el general polaco Bem, que después de haber mandado la Viena insu-

¹ Anton Bartel, 1896, *Dictionnaire*.

rrecta logró escaparse, realizaba en Transylvania prodigios de estrategia victoriosa, y poco después, Gœrgei, nombrado general en jefe del ejército magyar, poderosamente reorganizado por Kossuth, alcanzaba sucesivamente victorias que excitaban la esperanza de los republicanos de Europa: los Austriacos se vieron forzados á evacuar Pest y á replegarse en desorden hasta la frontera. Entonces el em-



CATEDRAL DE MILÁN

Cl. J. Kuhn, edit.

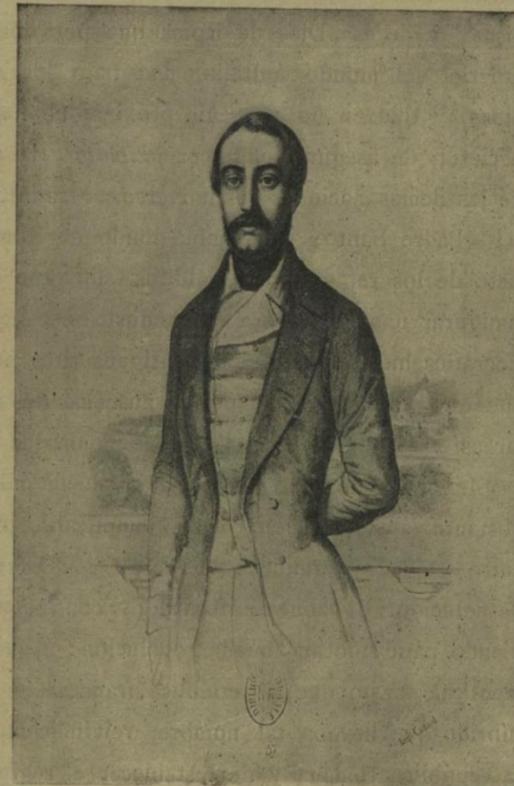
perador de Austria tuvo que llamar á su socorro á su gran aliado Nicolás, czar de todas las Rusias: ciento cincuenta mil hombres penetraron en la comarca por las fronteras del Oeste y del Norte, al mismo tiempo que por el Sud avanzaban los Servios y que por el Oeste los Alemanes tomaban la ofensiva. El pequeño ejército húngaro, rodeado por todas partes, combatió desesperadamente hasta el momento en que Gœrgei, nombrado dictador, capituló en nombre de toda la nación en la llanura de Vilagos, no lejos de Arad (13 Agosto 1849). Poco después cesó toda resistencia, excepto en la fortaleza

de Komarom (Komorn), que Klapka defendió mucho tiempo después.

Los Húngaros se rindieron, no al señor feudal llamado legítimo, el emperador de Austria, sino al ejército ruso. El mariscal Paskievitch pudo escribir á su amo: «¡Señor, Hungría yace á los pies de Vuestra Majestad!» Pero los Austriacos se encargaron de la venganza: los consejos de guerra, que funcionaban en toda Hungría, germanizaban la población por el palo, el calabozo, el fusilamiento y la horca. Gœrgei, el general vencido, quizá culpable de traición, tipo del militar siempre insurrecto contra el poder civil, tuvo la suprema humillación de verse asignar una residencia de lujo y de percibir una pensión, mientras que sus camaradas de guerra eran condenados á las balas ó á la cuerda. El general austriaco más feroz, Haynau el «azotador», fué castigado de otro modo. Visitando poco tiempo después una fábrica de Londres, fué reconocido por unos obreros y corrió perseguido á correazos como un animal repugnante.

En Italia, la guerra del *Risorgimento* se desarrolló siguiendo las mismas peripecias que la guerra de la independencia magyar. Los revolucionarios del norte de la península tuvieron ventaja desde un principio, puesto que los Austriacos habían evacuado Milán y se habían retirado tras la línea del Mincio, y Venecia reconquistó la independencia que medio siglo antes les había arrebatado Bonaparte. En ayuda de los Lombardos acudían contingentes romanos y napolitanos, pero los republicanos no osaron combatir solos, y sacrificando sus justas desconfianzas contra un rey que primero hizo traición y después espionó, persiguió, encarceló y ametralló á sus amigos, se dirigieron al rey Carlos Alberto, quien, con la esperanza de transformar su pequeño reino en una gran monarquía, consintió en una traición más, la de la causa del derecho divino. Sin embargo, esa alianza entre enemigos naturales no podía seguir adelante. Carlos Alberto carecía de fuerza para medirse contra el poderoso ejército austriaco que dirigía Radetzky, anciano enérgico, y, completamente batido en Custoza (25 Julio 1848) y después, al año siguiente, en una nueva campaña, en Novara (25 Marzo 1849), se vió obligado á entregar su abdicación entre las manos de su pueblo y á dejar el poder y la ambición de la corona de Italia á su hijo Víctor Manuel, quien á lo menos no tenía tras de sí un pasado de traición.

La victoria de Austria hubiera sido fácilmente en mayor escala utilizada si no se hubieran excitado también las ambiciones de Francia. Pero el conflicto tradicional entre Germanos y Galos por la dominación de Italia comenzó bajo una forma nueva, casi desconocida en su aspecto diplomático. Parece natural que Francia, á la sazón constituida oficialmente en república, interviniera para defender la independencia de las repúblicas hermanas, pero fué todo lo contrario: comprometida como Austria en el movimiento opuesto á la emancipación de las nacionalidades y de los individuos, envió sus ejércitos á Italia como campeón del papa; una y otra potencia renegaban de los buenos principios.



JOSÉ MAZZINI (1805-1872)

En Roma, donde la república había sucedido al reinado de Pío IX fugitivo, el alma de la resistencia era el triunviro Giuseppe Mazzini, el revolucionario de su generación, quien, sobre todos, aportó la mayor energía, la voluntad tenaz en la conspiración, una gran sagacidad en la elección de los hombres y la más generosa abnegación en la vida de todos los días. Como tipo del deber, suscitaba entusiasmos perseverantes, heroísmos de sacrificio, y cuando habían caído los mejores, austero, impasible, sabía descubrir nuevas víctimas voluntarias que corrían á la muerte. No retrocedía ante la terrible necesidad del incesante sacrificio de los jóvenes entusiastas,

porque no podía imaginar para los demás alegría superior á la que sentía él mismo sufriendo por la reconquista de Italia una y libre. Rudo como un calvinista, era á la vez en ciertos aspectos el más intransigente de los católicos respecto de la tradición romana. Su divisa *Dio e Popolo* hacía derivar los derechos del pueblo de Dios mismo, y de ese Dios de Roma que por dos veces había dado el imperio del mundo á Italia, una bajo los césares, otra bajo los papas, y que en un porvenir próximo no dejaría, de ello tenía la fe cierta, de asegurar el tercer *primato* á la república de Italia entre las demás naciones del universo. Mazzini no era, pues, enemigo del «Padre Santo», que había huído de Roma para evitar el contacto de los republicanos malditos, sino que hubiera querido verle inaugurar una nueva era de dominación religiosa en que la fe democrática hubiera dado á los antiguos ritos un nuevo sentido; y ya que esto no fué posible por la ausencia del papa, intentó interpretar así en la ciudad Santa las ceremonias de la Iglesia.

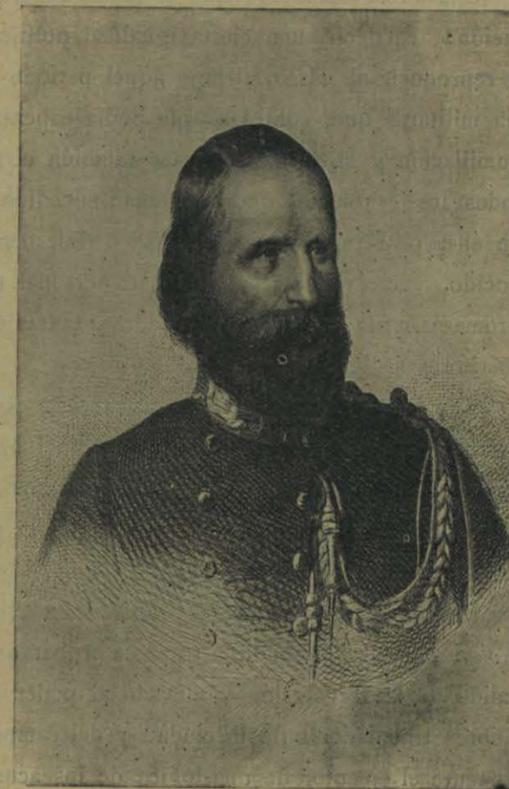
La revolución, nacida del amor de la independencia, y fiel, no obstante, á la tradición romana, implicaba, pues, una contradicción entre estos dos términos: «Pueblo» y «Dios», y carecía fatalmente de solución. Igualmente absurdo y contradictorio fué el medio empleado para sofocar aquella revolución: á su mentira se opuso otra mentira, puesto que la república francesa, ó á lo menos el Estado híbrido que llevaba tal nombre, reivindicaba el honor de derrocar la república romana y de restablecer el régimen papal con la satisfacción de todas sus venganzas: todavía una vez más fué Francia «el soldado de Dios» según la antigua tradición eclesiástica. Verdad es que para ejercer el bajo oficio de gendarme del papado, el gobierno francés tuvo que reprimir previamente una insurrección en las calles de París; pero el pueblo, agotado por la lucha del año anterior, carecía de vigor para la batalla, y las tropas francesas, regimentadas al servicio del papa y transportadas delante de Roma, gracias al corto número de sus verdaderos defensores, pudieron vencer á los camisas rojas de Garibaldi.

Completamente deshonrada, la república francesa no tenía ya más que hacer que hundirse en su vergüenza: destruyendo la república hermana se destruía á sí misma, y bien inútilmente, puesto

que la influencia de Austria llegó á ser dominante. Francia hubo de suministrar el dinero y los hombres en beneficio de la antigua camarilla austriaca. En cuanto al papa, repuesto en posesión vitalicia de sus Estados, comprendió, con el sentido profundo de las cosas que inspira el presentimiento de la muerte, que había llegado el momento de proclamar solemnemente, sin la menor atenuación de lenguaje, la absoluta incompatibilidad de la Iglesia con la sociedad moderna. Curado de sus primeras ilusiones, el «Sobrano Pontífice» vengó ante todo ampliamente las injurias hechas á la Santa Sede, después se atuvo á los principios de reacción absoluta que habían de hallar su expresión definitiva en el Syllabus de 1864.

Aunque obediente á la ley del cambio, que es la de todas las cosas, el catolicismo tiene la pretensión de ser de una pieza, como aquellas piedras negras que se adoran en los templos de Asia: se dice y se cree inmutable en el pasado, porque el «Pontífice romano no puede ni debe reconciliarse ni transigir con el progreso, ni con el liberalismo, ni con la civilización moderna».

La obra de la reacción estaba ya terminada y preparaba su código impotente. Francia, que había dado el impulso al movimiento



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

JOSÉ GARIBALDI (1807-1882)

revolucionario, no había de hacer más que pública retractación tomando de su pasado una de sus constituciones anteriores. Un gran partido, todopoderoso en la Asamblea, quería hacerla retroceder hasta San Luis, pero no fué tan lejos: deteniéndose en el Imperio, se imaginó conservar lo que se llama las «conquistas de la Revolución», es decir, una cierta igualdad política, económica y social, y reproducir al mismo tiempo aquel período de prestigio y de gloria militares que, contra lo que podía esperarse, había producido la humillación y la derrota. Acaso también el pueblo, descontento de todos los regímenes que se habían sucedido durante los dos años de ensayos republicanos, se lanzaba desesperadamente en lo desconocido, y creía que una voluntad personal podría realizar las mil promesas hasta entonces engañosas, tantas veces repetidas por los escritores socialistas.

Como es natural, aquellas quiméricas esperanzas habían de ser defraudadas, porque un gobierno personal ha de tener siempre por preocupación dominante la voluntad del amo, representada naturalmente por la turba de los parásitos que le rodean, y Napoleón III no podía exceptuarse de esa ley.

En un libro famoso, *La Revolución social demostrada por el Golpe de Estado*, Proudhon trató de probar que el nuevo emperador, salido de la Revolución y elevado al poder por la voluntad de los pobres trabajadores de la ciudad y del campo, llegaría á ser forzosamente el ejecutor de una lógica de los acontecimientos, superior á sus caprichos y á los apetitos de su corte; le profetizó el papel forzado de mandatario del socialismo; pero ha de tenerse en cuenta la parte de ironía que el autor, que escribía bajo la amenaza del destierro y de la cárcel, había deslizado en su obra y que le permitía triunfar de la fuerza bruta. La historia del reinado de veinte años nos muestra que, á pesar de sus antecedentes de soñador semi-socialista y de sus congénitas tendencias de benevolencia igualitaria, el «hombre de Diciembre» fué arrastrado forzosamente por las consecuencias del perjurio y del asesinato á seguir una vía de persistente opresión. Si á veces fué el «agente de la Revolución social» debióse á que todos los hombres, y él como los otros, sirven de instrumentos involuntarios al destino.

Felizmente el impulso de libertad fué demasiado enérgico durante el período revolucionario para que fuera posible sofocarlo por completo: la fuerza viva de la actividad humana, irreprimible á pesar de todo, podía ser desviada de su objeto, y canalizada en vías laterales; pero había de manifestarse á pesar de todos los obstáculos y producir cambios considerables. Tal fué la razón por la que la prosperidad material se aumentó casi repentinamente de una manera tan notable en Francia y en toda la Europa continental durante los primeros años marcados por el triunfo de la reacción. A pesar del destierro y de la huída de gran número de republicanos y de la emigración de miles de buenos trabajadores, el movimiento industrial

y comercial tomó un singular desarrollo, debido en gran parte á la iniciativa de todos aquellos que, no pudiendo ya aplicar su genio hacia las transformaciones políticas y sociales, se dirigían hacia la creación de las empresas y la aplicación de nuevos procedimientos: hubo un sencillo desplazamiento de las fuerzas. De ese modo el imperio se hizo popular en Francia durante muchos años. El pueblo no puede entretenerse en largos razonamientos sobre la complejidad de las cosas: sin buscar las razones, personifica los



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

PROUDHON (1809-1865)